

La reforma de la reforma

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CASI al año de haberse celebrado las elecciones generales del 1 de marzo, las piezas políticas vuelven a estar en la misma situación que por aquel entonces ocupaban en el tablero. Un sólido enroque UCD-CD como eficaz retaguardia de una amplia ofensiva de la dama CEOE, bien apoyada por los peones del partido gubernamental. Mientras tanto, el bando contrario aparece disperso y dividido —sólo se apoya mutuamente en algunas jugadas— y ha perdido la dama del Estatuto de los Trabajadores, los alfiles del plan económico y de la negociación colectiva y está a punto de perder los dos caballos de los estatutos de centro docente y universitario. Con unos peones desconcertados y dos torres, socialista y comunista, enfrentadas, tentadas ambas por el encastillamiento, el rey de la izquierda difícilmente se puede encontrar en peor situación. En resumen, esta partida de ajedrez en la lucha de clases ha sido ganada por la derecha sin necesidad de recurrir a ningún jaque mate.

Manuel Fraga Iribarne, al que hay que reconocer siempre la virtud de haber sabido teorizar las salidas políticas de la derecha (centrismo, reforma) en estos tres últimos lustros que luego otros sabían aplicarlas, acaba recientemente de definir con exactitud el período político por el que estamos atravesando. Se trata, como acertadamente señaló en el club Siglo XXI, de la reforma de la reforma. La reforma de Suárez, que él siempre juzgó mal planteada y, sobre todo, demasiado cara por el coste político a satisfacer a una izquierda que no era más que un toro de papel, lenta pero seguramente retorna a los primitivos esquemas reformistas del primer semestre de 1976 que el líder de Alianza Popular protagonizó. Mientras en la concepción del señor Fraga Iribarne la reforma era un trágala para la izquierda, en la práctica de Adolfo Suárez fue un doble pacto económico (Pacto de la Moncloa) y político (Constitución) con las fuerzas de izquierda.

Así hoy está a punto de culminar todo un proceso de aproximación entre el teórico y el político de la salida reformista que empezó a gestarse, aunque muchos prefirieron no verlo, desde que el profesor Fuentes Quintana fue defenestrado ahora hace precisamente dos años. Aunque, por lo general, en los procesos políticos los postes de señalización suelen más bien colocarse cuando el accidente ya se ha producido, nunca como en esta ocasión una operación política ha sido tan previamente señalizada: atención caída Fuentes Quintana, peligro defenestración Fernández Ordóñez, prohibido adelantar por la izquierda de las elecciones generales, desviación a la derecha de los pactos de la Moncloa, stop del plan energético, autopista monopolista del plan económico, etc.

EL CALLEJON SIN SALIDA DE LA DERECHA LIBERAL

Sin necesidad de referirnos a los cotidianos datos involutivos, uno de los penúltimos consiste en imponer todavía mayor lentitud al desarrollo de las Leyes Orgánicas después de haber incumplido el calendario legislativo que el mismo Gobierno se había trazado, es fácil constatar la difuminación de los hombres de Unión de Centro Democrático que provienen de la oposición democrática al anterior régimen. En una primera época, por presentar un rostro democrático en el diálogo con la izquierda, era la hora de Fernández Ordóñez, Joaquín Garrigues o Fernando Álvarez de Miranda; ahora, de cara al compromiso con los neofranquistas, son incluso hombres molestos no sólo por sus posiciones actuales, sino también por su pasado.

Del silencio y postración política en la que se encuentran los cuadros más genuinamente democráticos del partido gubernamental, o los intelectuales más clarividentes de la derecha civilizada, empiezan a salir gracias a que disponen aún —no se sabe por cuánto tiempo— del control de algún importante medio de comunicación. Sus gritos de denuncia van acompañados de palpables conclusiones políticas en orden a organizar una nueva presión política y social capaz de elaborar una alternativa diferente a la de la reforma en la reforma que ellos consideran prácticamente como una contrarreforma. Sin embargo, empiezan muy tarde, cuando el proceso está ya casi ultimado, después de haber apoyado todos sus pasos previos o anteriores con la esperanza de frenarlo o desviarlo, y mal porque ya existe una enorme presión político-social en torno a una alternativa democrática que en absoluto está ni podrá estar controlada por ellos.

Su última carta para desviar este proceso la jugaron a fondo en el último semestre del año anterior, intentando la quimera de la quimera en nuestro país: la elaboración de un centro-izquierda anticomunista. Pero de esos seis meses, tres estuvieron protagonizados por el lanzamiento de esta política del pacto social, y los tres últimos por su estancamiento como consecuencia del potente movimiento de masas que se pone en marcha desde el mismo final del verano. Dos datos políticos de estos días resumen todo el fracaso de esta carta. La reaparición política de Luis Gómez Llorente (una de las primeras víctimas de este plan) al lado de Felipe González y las huelgas generales con fecha de entrada y salida de la construcción, química, grandes almacenes, Renfe, en la lucha por conseguir buenos convenios en la ausencia de un acuerdo global suficientemente representativo.

LOS PODERES FACTICOS

Por eso, todos estos gritos y susurros de la derecha liberal van a perderse en el desierto

de las buenas intenciones. Todo empuja a su aislamiento salvo que se monten en el tren de la involución, como han hecho algunos de sus amigos y discípulos. No hay un solo poder fáctico, que son los poderes reales en un sistema social como el nuestro, que no suple en dirección a reformar la reforma: la CEOE, enfrentada a un amplio movimiento social como no se conocía desde hace tiempo; los aparatos de Estado, que siguen siendo los mismos que antes de la democracia, aplauden la reunificación de las dos ramas de herederos de la dictadura; la Iglesia, que no quiere perder su histórico control sobre la enseñanza; el imperialismo lanzado a la guerra fría, que persigue vincularnos militarmente a un bloque (¿por qué la declaración de Luns, secretario general de la OTAN, en favor de nuestro ingreso no ha sido reprobada oficialmente como lo fue la declaración contraria de Fidel Castro a primeros de septiembre en la Conferencia de Países No Alineados celebrada en La Habana?). No estamos ante una maniobra heterogénea, sino ante una homogeneidad de intereses.

Que nadie se engañe. Agotado el modelo político-económico del franquismo, se trata de desarrollar una estrategia que en un plazo oportuno, a través de reformas estructurales e institucionales, recomponga un nuevo modelo político-económico al servicio de los grandes intereses internos y externos. Mientras que la reforma pactada tenía un carácter táctico, la reforma en la reforma presenta un carácter estratégico tendente a sentar las bases políticas, económicas y sociales para que la larga crisis que padece el sistema la paguen exclusivamente los sectores sociales populares no sólo hoy, sino también durante muchos años. No estamos delante de un reajuste táctico, sino de un profundo viraje estratégico.

La única duda de la reforma en la reforma, por otra parte sin mucha importancia, es si también en esta ocasión Adolfo Suárez se apropiará del balón —como ya se está apropiando— sin dejar pasar al jugador. Por ahora, su supervivencia política no está en juego, pero sí tiene muchas razones para sentirse inquieto personalmente. Prácticamente, de los hombres clave del Gobierno es el único que tiene en su currículum el pecado del pactismo con la izquierda. ¿Quién le asegura que dentro de la reforma en la reforma no se encuentra el palacio de la Moncloa? De momento, intenta evitarlo poniéndose al frente de esta involución. Mas siempre se sabe cómo empieza una dinámica involutiva, nunca cómo acaba. Pues de la anterior política que protagonizó han caído ya, por orden cronológico, Fuentes Quintana, Fernández Ordóñez, Santiago Carrillo y está cayendo Felipe González. Y esta duda es la que le puede llevar a ser más papista involutivo que el Papa de la involución. Al igual que para hacerse olvidar su pasado franquista fue más lejos a la izquierda que nadie de la derecha, ahora, para hacerse perdonar sus veleidades "izquierdistas", puede ir más lejos a la derecha que los hombres de Alianza Popular. ■